



1. IDENTIFICACIÓN CON EL CARISMA: VIDA Y MISIÓN

- SER AGUSTINO HOY. (Primera mañana)

Introducción

La CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos) en su publicación, que sigue siendo actual, “La formación, un reto para los religiosos de América Latina” (Bogotá 1986) ha mencionado que quien aspira a vivir plenamente la vida religiosa debe ser una persona que tiene relación con Dios, con sus hermanos, su país, su comunidad concreta, su Congregación, su Iglesia particular y busca realizar su servicio eclesial. La integración de cada uno de estos elementos tiene que armonizarse humanamente en cada persona que pretende ser religiosa.

Para la formación agustiniana lo más importante es el proceso humano de integración que debe lograr en cada candidato a la vida religiosa agustiniana, por eso su mayor enemigo será la desintegración personal en cualquier nivel. El estilo agustiniano será de ese modo superador e integrador de las dicotomías persona/comunidad, actividad/interioridad y comunidad/apostolado.

La gran aportación de San Agustín a la teología de la gracia es desenmascarar la falsa dicotomía entre Dios y el hombre. Frente a la tesis pelagiana que desintegra lo divino y lo humano a favor de la libertad del hombre, Agustín denuncia el erróneo punto de partida (elegir entre Dios o el hombre) y defiende la integradora postura correcta: ni libertad sin gracia, ni gracia sin libertad. Es decir, Dios y el hombre, o mejor aún, Dios en el hombre. Nunca más podrá separarse u oponerse Dios y el hombre: no se puede entender amar y servir a Jesucristo, sin entender amar y servir a sus miembros y hermanos, los hombres.

Es bueno hablar de integración total, y por eso debemos preguntarnos ¿Qué es lo que caracteriza a un agustino hoy? Es decir ¿Cuál es el estilo agustiniano que mencionábamos antes? Con otras palabras ¿Qué rasgos lo hacen distinguible en nuestro mundo? ¿Cuáles son los atributos, el “plus”, que lo diferencian de los demás?

Lo que caracteriza a un Agustino hoy, lo que es propio de la espiritualidad de nuestra Orden, de cada uno de nosotros, que luego veremos con más detalle, ha sido motivo de controversias entre grupos diversos que pretendían resaltar sólo uno de estos puntos dejando de lado los demás.

- Búsqueda de Dios e interioridad. (Le llamaremos Escuela Española)
- Comunión de vida. (Encabezados por Van Bavel, alemanes)
- Servicio a la Iglesia y evangelización. (OALA y otros)

Hoy todos están de acuerdo que los tres puntos son importantes, que no se le puede dar a uno mayor importancia y que un religioso que sólo sea contemplativo, o que sólo se dedique a su comunidad o que sólo haga pastoral debe pensar qué religioso es pues para ser agustino debe considerar siempre los tres.

Sin embargo también están de acuerdo en que lo que es el fundamento de la vida agustiniana es la vida común. Y lo remarcan nuestras Constituciones: Todos los hermanos se donan a sí mismos para construir el camino hacia Dios mientras sirven a Dios.

Nuestra vida agustiniana se basa en la comunión de vida, muchos grupos religiosos han utilizado el texto de los Hechos de los apóstoles y nosotros nos identificamos con lo que ahí se expone y presenta pues es “nuestro ideal”.



ENCUENTRO DE RELIGIOSOS AGUSTINOS JÓVENES (ARGENTINA, ENERO 2012)

Hch 2,44-47 ⁴⁴ Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; ⁴⁵ vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. ⁴⁶ Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. ⁴⁷ Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.

Hch 4,32-37 ³² La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. ³³ Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía. ³⁴ No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, ³⁵ y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad. ³⁶ José, llamado por los apóstoles Bernabé (que significa: «hijo de la exhortación»), levita y originario de Chipre, ³⁷ tenía un campo; lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

El gran filósofo español, Miguel de Unamuno, en su libro *El sentimiento trágico de la vida*, dice que san Agustín, como Pascal, Kierkegaard y otros más, poseía un sentimiento trágico de la vida, que, añade, es propio de las personas que tienen sabiduría y no sólo conocimiento. Nadie puede ser sabio, afirma, si no piensa en el origen y en el destino de los seres humanos. “Y esta preocupación suprema no puede ser puramente racional, sino que debe implicar también el corazón. No basta pensar en el destino, hay que sentirlo. Así es el verdadero pensar agustiniano. Unamuno, pensador apasionado, estaba convencido de que la lucha entre la razón y sentimiento es saludable y esencial. “Por mi parte”, escribe, “no deseo hacer las paces entre mi corazón y mi mente, entre mi fe y mi razón; deseo más bien que haya guerra entre ellos”.

Unamuno describe aquí un rasgo característico de Agustín que sigue siendo de gran interés teológico y espiritual. La tensión entre mente y corazón supera las diferentes épocas y culturas diferentes, pues pertenece a la condición humana en todo tiempo y lugar.

Para ser hoy un seguidor de Agustín no es preciso ser como los fideístas, para quienes la fe no tiene obligación alguna con la razón. Eso equivaldría a traicionar su pensamiento y su espíritu. Implica solamente reconocer los límites de la razón en las cosas de Dios, la importancia del sentido trágico de la vida y, sobre todo, del amor y del deseo. Si nos centramos en esto más que en el pecado original y en la predestinación, nos daremos cuenta de que Agustín tiene aún mucho que decir a la teología de nuestros tiempos¹.

Lectura: Introducción del libro “Amor líquido” de Zygmunt Bauman.

Preguntas a nivel personal y luego en grupos: ¿Qué te plantea el texto de Bauman? ¿Crees que en tu realidad concreta el ser agustino diga algo a los demás miembros de la sociedad (niños, jóvenes, adultos)? ¿Por qué y de qué manera?

Si hay tiempo se dará espacio para compartir en plenario las conclusiones de los grupos.

¹ Tomo unas ideas de Gabriel Daly, OSA, de su artículo “San Agustín y la Teología moderna”.



- ESPIRITUALIDAD Y CARISMA AGUSTINO. (Primera tarde)

En la antigüedad el aprendizaje de los comportamientos adecuados para la vida adulta se llevaba a cabo fundamentalmente mediante la imitación (mímesis) de las conductas consideradas como dignas de alabanza (modelos ejemplares) y el rechazo de las vistas como poco honorables o vergonzosas. No se trataba de una educación en valores abstractos o racionales, sino de cómo emular (y si fuera posible superar) a aquellas personas en las que se encarnaban y se personalizaban estos valores. Estos personajes ejemplares, en la mayoría de los casos, pertenecían a la tradición familiar o habían tenido un papel clave en el desarrollo de la historia de ese pueblo. De ahí su importancia, no sólo como factor pedagógico, sino como mecanismo de identidad social, hasta tal punto que podemos expresar: “dime qué modelo ejemplar tienes y te diré quién eres (o quieres ser)”.

Además existen otros mecanismos de identidad social que pretenden reforzar los lazos entre los miembros de un grupo, como son una serie de creencias e instituciones compartidas, la utilización de un determinado lenguaje, la existencia de un clima cálido y agradable en el interior del grupo o la ayuda mutua en caso de necesidad, dimensiones que reforzaron ese proceso de socialización.

Las comunidades cristianas desde sus inicios han tenido a como modelo ejemplar global a Jesucristo. Es, en consecuencia, el seguimiento de Cristo la norma fundamental de la vida religiosa.

Al contrario de otras corrientes religiosas de la antigüedad (como el judaísmo por ejemplo) los cristianos de los primeros siglos se integrarán en la sociedad en la que nacen, el imperio romano, negándose a ser una raza aparte, a vivir como emigrados o concentrados en guetos. Nada los distinguirá de sus conciudadanos sino el estilo de vida.

Del mismo modo podemos decir que a los agustinos nada nos distinguirá sino las siguientes características de nuestro estilo de vida:

- Búsqueda de Dios e interioridad. Sólo en Dios encontramos la felicidad plena y definitiva. A través del camino de la interioridad se adquiere el conocimiento y el amor de Dios.
- Comunión de vida.
- Servicio a la Iglesia y evangelización.

Estas tres interrelacionadas. No separadas.

Todos debemos tener claro que el programa único de todos los cristianos es seguir a Jesucristo y, como consecuencia, vivir la espiritualidad cristiana. Detrás del sustantivo espiritualidad, se añaden adjetivos distintos: agustiniana, franciscana, dominicana... que hacen referencia a las diferentes formas de vivir e interpretar el evangelio de algunos personajes importantes de la Iglesia. Todas las espiritualidades desembocan en el seguimiento de Jesucristo.

Por lo tanto la espiritualidad agustiniana es una vía de acceso a Jesucristo.

- Búsqueda de Dios e interioridad. La vida pierde atractivo cuando se pierde el sentido del misterio. Este asomarnos a lo desconocido, a lo profundo, convierte a la vida humana en inquietud y en búsqueda. Dejamos de ser estatuas de indiferencia y nos convertimos en peregrinos. Borrar el asombro o desencantar la naturaleza es poner el pie en el camino de la deshumanización. San Agustín menciona: “Busquemos para encontrar, y encontremos para seguir buscando. Pues el hombre cuando cree terminar, entonces comienza” (La Trinidad 9,1,1). No se puede vivir de espaldas a las preguntas últimas de la existencia, a la llamada de la cuestión de su sentido. Dicen los especialistas que sólo tienen futuro las religiones capaces de emitir mensajes que inviten al ser humano a ocuparse de sí mismo. Un Dios abstracto, etéreo, desentendido de la historia humana,



sentado en el centro del universo para ser adorado, resulta lejano al hombre actual que busca sus propias raíces y se identifica con su cuerpo y con su tierra.

La experiencia religiosa de san Agustín es la de un hombre que descubre a Dios dentro de sí mismo, más íntimo que la propia intimidad. Por eso, el hombre sin interioridad es un ser anónimo, sin misterio, sin curiosidad. La interioridad es el lugar de los grandes encuentros, es un lugar privilegiado para la plena realización humana y para divisar a Dios, en contraposición a la cultura actual de la exterioridad.

- **Comunión de vida.** Para Agustín la experiencia comunitaria ocupa un lugar central en su vida. Vemos como para él la vida y la experiencia son fuentes inagotables de sus reflexiones. Pasea su mirada por su propia historia personal, por la sociedad, por el entorno que le rodea, y llega a la conclusión de que el amor es el motor de la vida: “Cada uno vive según aquello que ama” (La Trinidad 13,20,26). Todos nos definimos por nuestros amores. Para ver cómo somos hay que ver lo que amamos. En nuestras sociedades los vínculos afectivos son provisionales y prácticos. El amor se ve afectado por este sentido funcional. Para el ser humano la primera conmoción afectiva es la amistad, más tarde vendrá el enamoramiento, el descubrimiento del amor como la fuerza más profunda de la existencia. De modo que si se atrofia el amor, se paraliza la vida. (Cf. Comentarios a los Salmos 85,24). La historia de san Agustín es la de un ser humano enamorado. En las Confesiones habla con emoción de su amigo del alma y confiesa que sin los amigos no podía sentirse feliz. Hasta tal punto es esencial la amistad para Agustín que no se siente con fuerzas ni siquiera para servir a Dios en solitario. Convivió fielmente con una mujer que le dio un hijo y lloró la muerte de su madre Mónica con ejemplar amor filial. Luego de su conversión Agustín no vive el amor en una dirección vertical orientado exclusivamente hacia Dios, siempre aparece rodeado de amigos. Amar y ser amado fue el deseo y tarea de todos sus días. Así lo menciona en el Sermón 96,1 “de ninguna otra cosa debe preocuparse uno en la vida, sino de elegir lo que se ha de amar”. “¿Se les dice acaso que no amen nada? Jamás. Si no aman serán perezosos, muertos, dignos de ser aborrecidos y unos miserables. Amen pero vean qué es lo que aman”.

El amor llega a tener carácter religioso: “La vida buena y honesta tiene su origen en el amor de las cosas que deben ser amadas y como deben ser amadas. Es decir, en el amor de Dios y el prójimo” (Carta 137,13).

- **Servicio a la Iglesia y evangelización.** El banco de pruebas de la espiritualidad cristiana está en amar como Dios ama, en la caridad. Una falsificación de la espiritualidad sería pensar que es sinónimo de ensimismamiento o de vida replegada sobre uno mismo como si se tratara de un camino de salvación personal. La caridad, centro vital de la espiritualidad cristiana y, lógicamente, de la espiritualidad agustiniana, tiene su traducción en la justicia y la solidaridad. De modo que la caridad va unida a una forma nueva de mirar la realidad y al compromiso de su transformación desde el plan de Dios. “Si no reparto la Palabra de Dios, si me guardo el tesoro, me atemoriza el evangelio” (Sermón 339,4).

No somos cristianos para nosotros mismos y tampoco para disfrutar en solitario de una mesa bien abastecida de sacramentos, de esperanza y perdón inagotable. Lejos de ser personas que se desentienden de este mundo, los cristianos agustinos, debemos aportar al mundo sin esperar nada a cambio, la urgencia del amor misericordioso de Dios.

Lectura: Texto de Van Bavel del libro “Carisma: Comunidad”. Preguntas a nivel personal y grupal: ¿De qué nos pueden servir las situaciones vistas en el texto de Van Bavel? Como Agustinos, ¿Hacia dónde debemos dirigir nuestros esfuerzos?

Documento del CGO '07 “La renovación de la vida agustiniana” – Mostrar powerpoint



**- APERTURA A LA MISIÓN, DISPONIBILIDAD PARA EL TRABAJO PASTORAL.
(Segunda mañana - A)**

Para introducir al tema se presentará el caso en el que el recién incorporado a la comunidad habla con su provincial o vicario sobre su "destino".

"Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar (...). En ella, la vida íntima –la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido– no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva". (*Exhortación apostólica de Paulo VI: Evangelii nuntiandi 14-15*)

De esta misión evangelizadora de la Iglesia participan, según su condición, cada uno de sus miembros e instituciones. También para nuestra Orden, que sigue el impulso evangelizador de san Agustín y la tradición de las órdenes mendicantes, "el sentido de misión es parte esencial de su identidad y vocación" y "el apostolado, con que tratamos de anunciar a todo el mundo el Evangelio de Cristo y de hacer partícipes de su redención a todos los hombres, abarca toda nuestra vida, es decir, la oración, el estudio y la actividad, pero en las formas acordes a la naturaleza y espíritu de la Orden".

El cristianismo primitivo conjugó de manera realista tres canales de evangelización: una evangelización "vía cabeza" (creencias y reflexión), otra "vía corazón" (relaciones y afectos) y otra "vía estómago" (necesidades y bienes).

Mientras que hoy en muchos casos se prioriza el primer canal (cabeza) sin tener presentes los otros dos; y en ocasiones se consigue compatibilizar el primero con el segundo, en la inmensa mayoría de los casos hay un fuerte rechazo o resistencia a que una persona pueda acercarse a Jesucristo "vía estómago" como si fuera indigno de la pureza del Evangelio entrar en contacto con los bienes materiales y las necesidades, pues detrás de ellos se esconderían intereses espurios.

El cristianismo primitivo nos ayuda a comprender que lo importante no es por dónde se empieza el acercamiento al Evangelio, pues cada persona y grupo lo hará desde canales diferentes (dependiendo de su situación), sino que, se comience por donde se comience, se complete el circuito, es decir, el ser cristiano o cristiana consiste en ser capaces de conocer y vivir a Jesús con todo nuestro ser: la cabeza, el corazón y el estómago.

"Lo que motivaba a los cristianos (de la Antigüedad) no era solo la promesa de la salvación, sino también el hecho de que serían recompensados ampliamente aquí y ahora por pertenecer a la Iglesia. Ser miembro de ella era caro, pero de hecho resultaba una ganga. Es decir, como la Iglesia pedía mucho a sus miembros, poseía recursos para dar mucho. Por ejemplo, como se esperaba que los cristianos ayudaran a los menos afortunados, muchos de ellos recibieron tal ayuda, y todos podían sentirse seguros ante los malos tiempos. Puesto que se esperaba de ellos que cuidaran de los enfermos y moribundos, muchos recibieron también similares atenciones. Como se les pidió que amaran a los otros, fueron amados a su vez. Y como se les exigía observar un código moral mucho más estricto que el de los paganos, los cristianos (especialmente las mujeres) disfrutaron de una vida familiar más segura. De modo similar el cristianismo dulcificó mucho las relaciones entre clases sociales, precisamente en el momento en que estaba creciendo la brecha entre ricos y pobres... No predicaba que todos debían o podían ser iguales en riqueza y poder en esta vida, pero sí que todos eran iguales a los ojos de Dios y que los más afortunados tenían el deber prescrito por Dios de ayudar a los más necesitados..."

(R. Stark, *La expansión del cristianismo...*, Trotta, Madrid 2009, p. 172)

Hay que tener en cuenta que hoy la gente sigue diciendo "¿Por qué Dios me ha hecho esto?" cuando sufre una pérdida o tiene un serio revés en la vida. Quienes trabajan en pastoral saben lo difícil que es responder a interrogantes de este tipo. Cuando las personas sufren, no nos podemos adentrar en cuestiones teológicas difíciles. Sin embargo cuando predicamos y



enseñamos, necesitamos afirmar con claridad que Dios no envía el sufrimiento. Dios nos pide que vivamos en un mundo donde se da el sufrimiento de los inocentes.

El Cap. VIII de nuestras Constituciones nos menciona los rubros en los que se desarrolla nuestro Apostolado:

- Ministerio pastoral.
- Apostolado en la educación.
- Actividad misionera.
- Diálogo ecuménico interreligioso e intercultural.
- Apostolado social.

Rowan Williams menciona que *el mayor legado de Agustín a la espiritualidad cristiana es la afirmación de que la vida de gracia puede incluir no solamente la lucha moral y las tinieblas espirituales, sino también una conciencia del carácter radicalmente condicionado del comportamiento humano, marcados como estamos de manera desconocida por las experiencias de nuestra infancia, por las estructuras históricas y sociales, y por muchos más factores de los que el mismo Agustín no puede ser consciente, pero de los cuales nuestra época es particularmente sensible. Si el comportamiento humano es tal, la "creación" de una vida que realiza los fines de Dios, la transformación de imagen en semejanza, no es imposible, sino que asume una calidad distinta. Hay que poner el acento no sobre lo que se logra, sino sobre la actitud. Lo que da cohesión a una vida es sencillamente confiar, o creer, que los ojos y el corazón tienden hacia la verdad, y que Dios acepta esa vida sin condiciones, mirando más a la voluntad que sencillamente al hecho. Dios no nos pide que seamos héroes, sino personas que aman; no nos pide que seamos atletas morales sino hombres y mujeres conscientes de la necesidad de ser aceptados, dispuestos a encontrarse a sí mismos en el anhelo de comunión con un eterno "otro".*

- USO Y ABUSO DE LOS BIENES. (Segunda mañana - B)

Introducción. El ejemplo de Steve Jobs

<http://www.youtube.com/watch?hl=es&v=6zIHAiddNUY>

La justa apreciación de las cosas se distorsiona cuando olvidamos que "somos caminantes, peregrinos en ruta" (Sermón 169, 15, 8), con una meta final por delante que, en definitiva es la vida plena en Dios. Y la distorsión consiste en olvidarnos de la Meta y convertir en meta los valores que se nos han dado para el camino. Cuando somos conscientes de nuestra condición de caminantes y nuestra vida está centrada en la meta, entendemos fácilmente que el exceso de equipaje, las riquezas desmedidas, pueden convertirse en un estorbo más bien que en un medio para avanzar.

La indigencia de los pobres no es buena. Pero tienen a su favor, que en su pobreza, viven fácilmente la conciencia de que todos necesitamos de todos: de que no podemos realizarnos plenamente desde nuestra sola individualidad; de que necesitamos la solidaridad de los demás y vivir en comunión; y, en definitiva, que necesitamos de Dios. En cambio, quien posee bienes superabundantes tiene el riesgo de creer que tiene todo cuanto puede desear, de que todo lo puede comprar con su dinero; que no necesita nada ni de nadie, ni siquiera de Dios. No siempre es así, tanto entre los pobres como entre los ricos, pero esa es la tendencia más generalizada.

La abundancia de riquezas produce siempre un espejismo: que con ellas se tiene siempre asegurado cuanto se puede desear. Y son pocos los ricos que, precisamente porque no les falta nada, han hecho al fin el gran descubrimiento: que todas las riquezas del mundo no son suficientes para hacer a un ser humano verdaderamente feliz.



Mt 6, 24-34: Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No pueden servir a Dios y al Dinero. 25 «Por eso les digo: No anden preocupados por su vida, qué comerán, ni por su cuerpo, con qué se vestirán. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? 26 Miren las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y su Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes más que ellas? 27 Por lo demás, ¿quién de ustedes puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? 28 Y del vestido, ¿por qué preocuparse? Observen los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. 29 Pero yo les digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. 30 Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con ustedes, hombres de poca fe? 31 No anden, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? 32 Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso. 33 Busquen primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se les darán por añadidura. 34 Así que no se preocupen del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal.

La preocupación desmesurada y prioritaria por lo propio es la sede donde habita la discordia y la división. Una tendencia semejante supone la exaltación del propio yo, de ese yo que busca tener más para pretender ser más y de esta forma dominar y no servir a los otros. Es la muestra de un yo que se ama a sí mismo hasta el desprecio de Dios y de los demás, una expresión de egoísmo y de soberbia.

No tiene nada extraño, pues, que el movimiento contrario, el que nos lleva a salir del propio yo para centrarnos en el bien común, sea la expresión visible de la concordia fraterna y de ese amor verdadero que no es egoísta (1Co 13,4), sino que –en expresión de san Agustín– “antepone los intereses comunes a los propios, no los propios a los comunes”. Por eso para vivir en comunidad es fundamental hacer el tránsito de lo propio a lo común. Y esto se logra mediante la comunidad de bienes y la primacía de los intereses comunes frente a los propios. Sin comunidad de bienes materiales, la comunión de almas y corazones no es creíble por ser pura retórica.

Un amor así, que lleva a preferir lo común y a compartir todo lo que se tiene, no solo es expresión del amor de caridad, sino también un ejercicio para ordenar el propio amor, y constituye una enorme fuerza de renovación comunitaria.

El uso de las cosas comunes, el trabajo común... son realidades que se nos hacen presentes cada día y cuyo uso y administración reclaman un ejercicio de vigilancia cotidiana para no deslizarnos de la esfera del bien común a la de los propios intereses. Exigen un ejercicio de libertad para reactualizar cada día la opción primera a favor de Dios como sumo bien y de los intereses comunes. Si en expresión de san Agustín “el hombre es lo que ama” quien es capaz de amar más lo común que lo propio, se acerca al ser mismo de Dios, que es amor, y se hace más próximo al hermano, uno con él.

Algo semejante ocurre con la comunidad de bienes. Es, por un lado, una exigencia y expresión del amor, pero, por otro, una condición del amor, en cuanto libera a la persona de la carga de unos bienes privados, que tientan siempre su egoísmo y amenazan con desviar su atención del único bien que merece la pena poseer. El desprendimiento de los bienes propios y la mutua dependencia entre los miembros de la comunidad favorecen un clima de convivencia basado en la humildad y el agradecimiento. Preocuparse más de lo común que de lo propio conduce a una actitud continua de servicio y solicitud por los demás, tan característica de todo seguidor de Jesús de Nazaret.

Para que la comunidad de bienes y la preocupación por lo común sean significativas, exigen ir acompañadas de un estilo de vida pobre y austera, alejada del aburguesamiento y de la mentalidad consumista, que facilite la solidaridad. No puede ser nunca un pretexto para la acumulación porque, entonces, la comunidad de bienes perdería su fuerza profética y sería un sutil mecanismo de enriquecimiento. Las Constituciones lo advierten de forma muy clara: “Puesto que las excesivas desigualdades económicas producen escándalo, cuando en la misma



sociedad se dan juntas el lujo y la miseria, la abundancia y el hambre, el compromiso de pobreza evangélica nos urge, con una obligación más apremiante, a ser ante el mundo el signo de Cristo pobre contra la ambición desenfrenada de riquezas [...] Nuestra espiritualidad de comunión ofrece al mundo una voz profética frente a estas desigualdades”. A partir de estos presupuestos, se puede entender mejor que san Agustín ponga la piedra de toque del propio progreso en el mayor cuidado de lo común que de lo propio y no –como parece reclamar la voz dominante en nuestro mundo–, en buscar el éxito propio y el beneficio personal a toda costa. Si alguna vez perdemos de vista la preocupación por lo común para seguir la seguridad o la ambición, deberíamos pensar que, quizá, estamos hipotecando el bien mayor –el que nos hace crecer de verdad como personas– a otro infinitamente más pequeño y, al final, a pesar de las satisfacciones pasajeras, sin duda más empobrecedor (cf. Mt 25,14-30). Lo mismo ocurriría si somos infieles al voto de no tener nada propio realizado en nuestra profesión. De hecho, la mayor perversión del mismo consiste en el uso abusivo de los bienes comunes como si fueran propios.

Preguntas para el trabajo en grupos:

¿Crees que somos en este mundo un signo creíble, una alternativa a los criterios del tener y al predominio de lo material?

¿La forma en que vivimos muestra con veracidad los valores que decimos encarnar?

¿De qué modo podríamos desarrollar más y mejor la comunicación de bienes materiales y espirituales en nuestra vida comunitaria?

(Cf. CAP. XXV CONSTITUCIONES)

- LA COMUNIDAD COMO DON Y TAREA: CUIDADO Y CULTIVO. (Segunda tarde)

Primera parte:

Lectura en grupo: Capítulo de la “Comunidad” en “Modernidad líquida” (Bauman).

Preguntas: ¿Así como Bauman presenta las cosas, crees que nuestro tiempo es tiempo de vivir en comunidad? ¿Por qué? ¿Qué es lo fundamental que hay que cuidar en nuestras comunidades?

Segunda parte:

“La vida comunitaria es el santo y seña de la identidad agustiniana”. Nada más abrir la Regla encontramos una afirmación rotunda: “Esto es lo que mandamos que observen a los que residen en el monasterio: Ante todo, que habiten unánimes en la casa y tengan una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios. Este es el motivo por el que, deseosos de unidad, se han congregado”. En línea con la Regla, las Constituciones de la Orden afirman que el fundamento de la vida agustiniana es la vida común. A los textos oficiales de la Orden se han añadido a lo largo de estos años los escritos de numerosos estudiosos agustinos, preocupados por desentrañar este núcleo fundamental de la vida religiosa agustiniana. El paso del tiempo no ha restado actualidad y fuerza de desafío a las palabras del Capítulo General Intermedio de 1974, celebrado en Dublín: “El Capítulo está convencido de que si nosotros agustinos no conseguimos una renovación de la vida común, a luz del Nuevo Testamento y del espíritu de san Agustín, el resto de nuestros problemas (crisis de vocaciones, crisis de identidad, problemas apostólicos, etc.) no se resolverán ni surgirá una nueva vitalidad en la Orden”.

No se trata de construir cualquier tipo de comunidad, sino, como advierte el Documento de Dublín, una comunidad renovada a la luz del Nuevo Testamento y del espíritu de san Agustín. Ambas fuentes se unifican en el ejemplo de la primitiva comunidad de Jerusalén de la que nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles como el ideal comunitario para todo cristiano y que san Agustín toma como modelo para sus comunidades monásticas.

Protección de la vida de comunidad. (Corrección fraterna)



Mt 7,1-5: No juzguen, para que no sean juzgados. 2 Porque con el juicio con que juzguen serán juzgados, y con la medida con que midan se les medirá. 3 ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? 4 ¿O cómo vas a decir a tu hermano: "Deja que te saque la brizna del ojo", teniendo la viga en el tuyo? 5 Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano.

Mt 18,15-22: «Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. 16 Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. 17 Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano. 18 «Yo les aseguro: todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo. 19 «Les aseguro también que si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. 20 Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». 21 Pedro se acercó entonces y le dijo: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?» 22 Dícele Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete».

Elementos básicos para renovar la vida fraterna son el perdón y la corrección fraterna. El perdón tiene la virtud de reparar el mal realizado; la corrección fraterna favorece la prevención para no cometerlo. La convivencia diaria crea necesariamente roces entre quienes viven juntos. Los seguidores de Cristo no se caracterizan por no tener conflictos, sino por saber resolverlos para que no se enquisten y destruyan la armonía. El perdón es una herramienta indispensable en la Vida común, hasta el punto de que quien no está dispuesto a pedirlo o no lo pide de corazón "está sin motivo en el monasterio, incluso si no es expulsado de él". Algo semejante cabría decir del que endurece su corazón y no está dispuesto a perdonar, dificultando así la regeneración del hermano. Una comunidad donde no se perdona es una comunidad que no se renueva, que no deja pasar la luz sanadora de la gracia y prefiere la oscuridad del rencor a la alegría brillante de la reconciliación, fruto del Espíritu.

La corrección fraterna, realizada adecuadamente, es un ejercicio de amor hacia el hermano cuya suerte interesa. Por el contrario, evitar la corrección fraterna cuando es necesaria, supone un signo de que no se ama debidamente al que convive a nuestro lado y de que se asiste insensiblemente a su deterioro moral. Para no practicarla se alega el respeto hacia las opciones personales, la mayoría de edad de quien comete el mal y su presunta capacidad para darse cuenta de lo que hace. A veces la raíz es más profunda y está impregnada de un relativismo que tolera cualquier opción. En otros casos la falta de intervención se debe simplemente a la vergüenza, al miedo o la descarga sobre el superior, olvidando la mutua corresponsabilidad. Progresan y se enquistan así actitudes y situaciones que pueden ir destruyendo al individuo y a la comunidad.

Una palabra dicha a tiempo, un gesto en el momento oportuno o una atención vigilante hacia el bien del hermano, son elementos sanadores de primer orden de los que ninguna comunidad debería prescindir.

Trabajo en grupos:

¿Qué actitudes favorecen el perdón? ¿Cómo crear comunidades predispuestas al perdón? ¿Cómo ayudar a leer y a vivir la propia historia y la de la comunidad desde el perdón y la misericordia?

¿Cómo crear la conciencia de que la fe y la vida común nos hacen responsables a los unos de los otros en la práctica de la corrección mutua, más allá del individualismo que nos priva de algo sustancial en nuestra vocación?

*Entregar material sobre la corrección fraterna.
(Conf. CAP. XXVI CONSTITUCIONES)



- PROYECTO PERSONAL VERSUS PROYECTO COMUNITARIO. (Tercera mañana - A)

Lectura: Libro de Jonás.

Preguntas. ¿Qué tiene que ver el texto con el título del tema a desarrollar? ¿Hay alguna conexión o coincidencia con nuestra realidad?

El Proyecto de vida tiene 2 dimensiones: Personal y comunitario.

Por mucho que te empeñes en ser franciscano tienes que ser agustino. O como decía mi asesor de grupo, si quieres ser astronauta tienes que pensártelo bien porque los miembros del grupo quieren ser servidores de Jesús.

3 Jn: El Presbítero al querido Gayo a quien amo según la verdad. 2 Pido, querido, en mis oraciones que vayas bien en todo como va bien tu alma y que goces de salud. 3 Grande fue mi alegría al llegar los hermanos y dar testimonio de tu verdad, puesto que vives según la verdad. 4 No experimento alegría mayor que oír que mis hijos viven según la verdad. 5 Querido, te portas fielmente en tu conducta para con los hermanos, y eso que son forasteros. 6 Ellos han dado testimonio de tu amor en presencia de la Iglesia. Harás bien en proveerles para su viaje de manera digna de Dios. 7 Pues por el Nombre salieron sin recibir nada de los gentiles. 8 Por eso debemos acoger a tales personas, para ser colaboradores en la obra de la Verdad. 9 He escrito alguna cosa a la Iglesia; pero Diótrefes, ese que ambiciona el primer puesto entre ellos, no nos recibe. 10 Por eso, cuando vaya, le recordaré las cosas que está haciendo, criticándonos con palabras llenas de malicia; y como si no fuera bastante, tampoco recibe a los hermanos, impide a los que desean hacerlo y los expulsa de la Iglesia. 11 Querido, no imites lo malo, sino lo bueno. El que obra el bien es de Dios; el que obra el mal no ha visto a Dios. 12 Todos, y hasta la misma Verdad, dan testimonio de Demetrio. También nosotros damos testimonio y sabes que nuestro testimonio es verdadero. 13 Tengo mucho que escribirte, pero no quiero hacerlo con tinta y pluma. 14 Espero verte pronto y hablaremos de viva voz.

- LA MISIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA AGUSTINIANO. (Tercera mañana - B)

Mt 28,18-20: Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. 19 Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, 20 y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo».

El servicio a la Iglesia es importante en la vida agustiniana. Existe un fundamento teológico para la misión. Pero ojo que el apostolado no sólo es el parroquial o el que te asignen, el primer apostolado es la comunidad.

Tú eres agustino, un agustino que enseña, un agustino párroco, un agustino doctor, etc.

La dificultad más grande de la misión está en la propia persona no tanto en las normas ni en las doctrinas. En san Agustín descubrimos cualidades y actitudes envidiables en cualquier misionero o evangelizador, por ejemplo: una gran sensibilidad (ante la forma de ser y de actuar de los demás), una gran capacidad para el diálogo y la convivencia, una gran inquietud por superarse, un deseo insaciable en la búsqueda de la verdad, una gran habilidad para hacer amigos, un carácter alegre y optimista y sobre todo una gran paciencia...

En sus sermones podemos descubrir que Agustín era un hombre sencillo, que actuaba siempre con todo su corazón y que nunca se daba a medias.

Agustín no quería cristianos sólo de nombre. Por eso comienza por vivir lo que predica o escribe después. Sin olvidar nunca lo que había sido, ni lo que era cuando hablaba o actuaba. Sus escritos están llenos de vida y de alusiones personales. Los hechos hablan más que las palabras.



La misión debe orientarse a constituir comunidades eclesiales que, una vez maduras, generen nuevos agentes misioneros.

El Papa Juan Pablo II señalaba algunas metas a los religiosos de América Latina en su carta "Los caminos del Evangelio". Entre ellas figuraba la misión:

1. Seguir en la vanguardia misma de la predicación, dando siempre testimonio de la salvación.
2. Evangelizar a partir de una profunda experiencia de Dios.
3. Mantener vivos los carismas de los fundadores.
4. Evangelizar en estrecha colaboración con los obispos, sacerdotes y laicos, dando ejemplo de renovada comunión.
5. Estar en la vanguardia de la evangelización de las culturas.
6. Responder a la necesidad de evangelizar más allá de nuestras fronteras.

Nuestras provincias y circunscripciones demostrarán la madurez de su fe cuando pasen de misionados a misioneros. Quizás el enemigo de la misión en nuestros ámbitos sea la falta de vigor e identidad religiosa y la acomodación y aburguesamiento en claro contraste con lo que debería ser nuestro estilo de vida.

Si en otro tiempo la misión de la Iglesia parecía tarea exclusiva de clérigos y religiosos, hoy no se puede olvidar el papel relevante de los laicos. En un momento en el que los institutos religiosos cuentan con menos efectivos y cada vez más envejecidos, el recurso a los laicos puede parecer una medida resignada, oportunista y hasta desesperada, para seguir salvando las propias obras. De ser así, la colaboración de los laicos, su participación en la misión de la Iglesia –la llamada misión compartida, en definitiva–, sería una cuestión puramente funcional, muy alejada de cualquier contenido teológico.

La misión compartida no es una estrategia pastoral para tiempos de carencia de personal cualificado, sino la apelación a uno de los temas centrales de la eclesiología del Vaticano II, la comunión. Es verdad que las razones prácticas y las circunstancias históricas suelen ser determinantes a la hora de urgir la puesta en práctica de principios que parecen arrinconados, pero, con todo, la causa fundamental de la nueva valoración del laicado brota del deseo de ser fieles a la eclesiología de comunión del Vaticano II, asentada sobre los cimientos de la eclesiología patristica, especialmente la agustiniana.

San Agustín subraya la igualdad de los cristianos en el Pueblo de Dios a partir del bautismo: "En relación con vosotros somos vuestros pastores, pero en relación con el sumo Pastor somos ovejas, como vosotros". Reconoce, igualmente, la participación de los laicos en el sacerdocio de Cristo y, por tanto, su responsabilidad en la edificación del Cuerpo de Cristo. Siguiendo estas intuiciones agustinianas, la teología del Vaticano II ha repuesto a los laicos en la Iglesia-comunión y en la Iglesia-misión, y les ha convocado a sentirse miembros vivos de una comunidad de fe y a ejercer su misión evangelizadora. Lo bautismal y cristiano nos marcan a todos de manera sustantiva.

"La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres, en tanto no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y el trabajo del pueblo sin la presencia activa de los seglares". (*Vaticano II, Decreto Ad gentes sobre la actividad misionera de la Iglesia*).

Estos postulados nos sitúan ante el triple desafío de la comunión, la diferencia y la corresponsabilidad desde vocaciones y dones propios, distintos y complementarios. La comunión es fruto de la caridad, lleva a la unidad y convierte las diferencias en complementariedades. "Todos los estados de vida, ya sea en su totalidad como cada uno de ellos en relación con los otros,



están al servicio del crecimiento de la Iglesia; son modalidades distintas que se unifican profundamente en el «misterio de comunión» de la Iglesia y que se coordinan dinámicamente en su única misión” (*Exhortación apostólica Christifideles laici de Juan Pablo II*).

Si se sobrevalora, idealiza o hipertrofia alguna de las vocaciones –la vida religiosa, el sacerdocio o el matrimonio–, sufre la unidad y complementariedad de la Iglesia. Tan unilateral y deformada es una Iglesia clerical como una Iglesia laical porque, en ambos casos, se oscurece la imagen de la Iglesia Pueblo de Dios, corresponsable y ministerial, donde converge la aportación coral de los diferentes dones. La comunión no destruye la diferencia. Hablar de diferencia no significa abrir distancias porque “aunque sean muchas las piedras vivas que se reúnen para la construcción del templo de Dios, de todas ellas se hace una sola piedra”. Sería un error intentar borrar las fronteras entre la vida religiosa y la vida laical. El decreto *Perfectae caritatis* del Vaticano II recuerda que “todos los que son llamados por Dios a la práctica de los consejos evangélicos y los profesan fielmente, se consagran de modo particular a Dios, siguiendo a Cristo que, virgen y pobre (cf. Mt 8, 20; Lc 9, 58), por su obediencia hasta la muerte de cruz (Flp 2, 8), redimió y santificó a los hombres”.

La corresponsabilidad se deriva de la comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios. El exclusivo monopolio de clérigos y religiosos en la misión de la iglesia provocó la inhibición de muchos cristianos frente a la responsabilidad de la evangelización. En el Pueblo de Dios, al igual que todos tienen la misma dignidad, todos son corresponsables, cada uno de acuerdo a su condición y estado. Como bautizados, los laicos son receptores de dones y carismas del Espíritu, y también tienen el compromiso de contribuir en la edificación de la Iglesia y en su misión.

Trabajo Grupal:

¿Cuál es tu opinión respecto a la eclesiología de comunión impulsada por el Vaticano II?

¿Consideras que los laicos son importantes en el trabajo misionero de la Iglesia? ¿Impulsas ese trabajo?

- EL TRABAJO PASTORAL COMO RESPONSABILIDAD DE LA COMUNIDAD.

(Tercera Tarde)

Muchas veces uno piensa que al llegar a un lugar para trabajar, sea el que sea, debemos “comernos el mundo”, transformar todo, aunque en el camino arrasemos con todo lo bueno que había. Así, muchas veces, hemos destruido buenos trabajos de nuestros predecesores ya que pensamos que lo que nosotros hagamos será lo único válido.

Recordemos que tenemos una herencia también en la pastoral latinoamericana, lo que hay que hacer es aprovechar lo que nos dejan para ajustar los aspectos que faltan. Y mencionamos esto porque no ha ocurrido recientemente, ha ocurrido siempre y siempre hemos querido empezar de cero “porque lo nuestro es lo único bueno” y terminamos alejando a gente muy valiosa en la parroquia.

Hay que estar atentos a las necesidades de la gente para intentar brindar aquello que pueda cubrirlas. No vamos a resolver todos los problemas pero sí podemos armar un buen equipo de gente fiel y confiable. No franeleros, sino gente que trabaje convencida de que hay mucho que hacer por los demás.

El documento *La vida fraterna en comunidad* sale al paso de algunas dificultades que se pueden presentar a la hora de coordinar la vida parroquial con la vida comunitaria. Los riesgos –también posibles en otras tareas apostólicas–, no se pueden utilizar, sin embargo, como argumento para ausentarnos de una institución que es “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas” y donde continúa siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado. Sí es oportuno recordar la singularidad de las parroquias confiadas a los



religiosos. “Las urgentes necesidades pastorales no deben hacer olvidar que el mejor servicio de la comunidad religiosa a la Iglesia es el de la fidelidad al propio carisma. Esto se refleja también en la aceptación y en el modo de llevar las parroquias. Se deberían preferir aquellas que permiten vivir en comunidad y en las que se puede expresar el propio carisma”. Del mismo modo que en el campo de la educación se ha venido insistiendo en los últimos años en la necesidad de un estilo específico que se ha concretado en la declaración sobre el carácter propio, también las parroquias que nos han sido confiadas tienen que identificar su forma de actuación.

La Iglesia es comunión y fraternidad universal para la misión y allí donde exista una comunidad agustiniana debe ser más fácil vivir la eclesiología de la comunión y de la corresponsabilidad. Este compromiso apostólico ineludible exige la corresponsabilidad de los presbíteros, los religiosos y los laicos. La misión evangelizadora de la Iglesia requiere que nuestras parroquias, al igual que los centros educativos y los lugares donde trabajemos sean “fermento de nueva humanidad allí donde están implantadas, mostrando la fuerza transformadora del Evangelio para cambiar las personas, los comportamientos, las corrientes de opinión y la estructuras sociales injustas”.

Tengamos en cuenta pues que cuando uno hace apostolado, lo hace en nombre de la comunidad. Uno trabaja como enviado de la comunidad. La prueba de ello es que tu salario, de la parroquia, del colegio, etc. va a la comunidad.

Si no sentimos que trabajamos con una comunidad de respaldo habrá que preguntarse si lo que hacemos es sólo para sentirnos bien y que la gente vea lo bueno que somos. Somos religiosos de una comunidad agustiniana y eso debe notarse.

Trabajo Grupal:

¿Las personas con las que trabajo en la pastoral tienen conocimiento de mi pertenencia a una comunidad? ¿Se percatan ellos de que le doy su verdadera importancia, de qué modo?

¿Qué momentos comunes deberían respetar los miembros de una comunidad que tienen horarios dispares?